

**De interés para todos, especialmente para los padres**

**Ediciones BISTAGNE**  
ha puesto a la venta una  
nueva publicación semanal  
dedicada a los niños, pero  
que los propios padres leerán  
con deleite, cuyo título es:

## **EL CUENTO SELECTO**

**Su precio es de 15 céntimos**  
y todos los asuntos que se publiquen  
tendrán un alto valor  
educativo.

**Inmejorable presentación**

**¡El mejor cuento del hogar!**

**¡15 céntimos!**

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Nº. 444

50 CTS.



**Agustina  
de Aragón**

POR  
**Marina  
Torres**

Número extraordinario

**FilmoTeca**  
de Catalunya





AGUSTINA DE ARAGÓN



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 444

## Agustina de Aragón

Emocionante producción española, argumento  
y dirección de Florián Rey

Interpretado por

Marina Torres, María Luz Callejo, Manuel  
San Germán, Fernández de Córdoba, Pitusín,  
Ramón Meca, Santiago Aguilar,  
Carlos Rufart, etc.



### Victoria Producción Nacional

Para Cataluña, Aragón y Baleares:

### Cinematográfica Almira

Rambla Cataluña, 46

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de

NORA LANE







## Agustina de Aragón

*Argumento de la película*

### I

Era el mes de Junio de 1808, de aquel año de tan triste recuerdo para España, pero que, sin embargo, tan altos dejó la hidalguía y el heroísmo españoles.

Las tropas de Napoleón, el mago de la estrategia, habían puesto sitio a Zaragoza.

No sabía el Emperador con quién se jugaba los cuartos. Las tropas sitiadas, al mando del general Palafox, eran muy pocas y muy numerosos los ejércitos de Napoleón. Sin embargo, la victoria no llegaba nunca. Imposible penetrar en aquella plaza donde toda la población combatía como un solo hombre.

---

Prohibida la  
reproducción  
Revisado por  
la censura

---



En tanto estos tristes sucesos se desarrollaban, en el mesón "El Catalán" los oficiales de las tropas españolas pasaban sus horas de recreo.

Era el mesón más famoso de Zaragoza. Después de una jornada de sangre y de pólvora, corría allí el vino y la alegría.

Se hospedaba en el mesón el alférez Buendía con sus dos hijos, Santica y Juanito. Era un oficial que estaba demostrando durante el sitio grandes condiciones de paladín. A buen seguro que cuando la guerra terminara le ascenderían.

También se hospedaba en el hostel el cura de San Gil, tan bueno y dado a las cosas de Dios, como ministro suyo que era, como valiente y buen guerrillero.

Otros muchos personajes de importancia en la historia de aquella guerra memorable, se alojaban en el mesón, pero el más importante de todos era Agustina Zaragoza y Doménech, moza de la posada que contribuía con sus risas animosas a hacer menos dura la vida de aquellos soldados, que del mesón pasaban al campo de batalla.

Era una moza fuerte y hermosa. En sus ojos luminosos había un resplandor de fe

y de esperanza en el triunfo que se contagiaba a todo el que los mirase. Era toda decisión y energía.

Este era el escenario y estos los personajes de la verídica historia que vamos a relatar.

\* \* \*

Todo el pueblo estaba excitado y en tensión. Sólo se veían mozos limpiando sus armas y mujeres que se aprestaban a ayudarles en los preparativos de guerra.

En su cuarto del mesón, Juanito, el menor de los hijos del Alférez Buendía, se entretenía en un juego que decía bien claro los sentimientos que animaban su almita de niño.

Había colocado sobre una silla un muñeco que representaba a Napoleón y otro que representaba a su ayudante. Sobre ellos disparaba con furia su pelota, pero no tenía buena puntería y erraba todos los disparos.

Al fin, irritado al ver que por aquel sistema no podía batir a Napoleón, se fué hacia los muñecos, les cogió por los pies



y comenzó a golpear con ellos la silla hasta que Napoleón quedó decapitado.

Entró en esto Santica, la hermana de Juanito. Santica había confeccionado los trajes del enemigo y le pareció una irreverencia el trato que su hermanito les daba.

Se entabló una lucha en la que si bien Juanito salió derrotado, porque su hermana era mayor y más fuerte, Santica llevó la peor parte, tal fué el número de patadas y puñetazos que recibió.

Santica era una joven de unos diez y ocho años a veinte años, magnífica por su juventud y su belleza. Tenía unos ojos negros, grandes y apacibles. Su rostro era un delicioso conjunto de perfecciones. Se la veía muy delicada, pero con una delicadeza sana y jovial.

Antes de que la lucha concluyera, apareció en la estancia Agustina, la cual intervino inmediatamente para separarles. Agustina había tomado afecto a los hijos del Alférez aunque hacía muy poco tiempo que les conocía. No tenían madre y su padre andaba ahora muy ocupado con las cosas de la guerra, de modo que Juanito y Santica estaban muy escasos del calor fa-

miliar. Por eso Agustina, compadecida de ellos, hacía todo lo que pudiera hacer una madre.

Así las cosas, llegó aquella noche al mesón un aviso urgente, que la misma Agustina trasladó a su destinatario.

—Alférez Buendía, hay orden de incorporación inmediata. El reducto del Pilar está quedando sin hombres.

Inmediatamente se dispuso a salir el Alférez Buendía, pero antes dijo a su buena amiga Agustina de Zaragoza:

—Tengo el presentimiento de que no volveré a ver a mis hijos.

Y había en sus ojos una nube de infinita tristeza al pronunciar estas palabras.

—Marchad tranquilo — repuso Agustina—. Por la memoria de mi madre os juro que si llegara el caso yo sería como otra madre para ellos.

Tranquilizado por estas palabras, el Alférez salió del mesón.

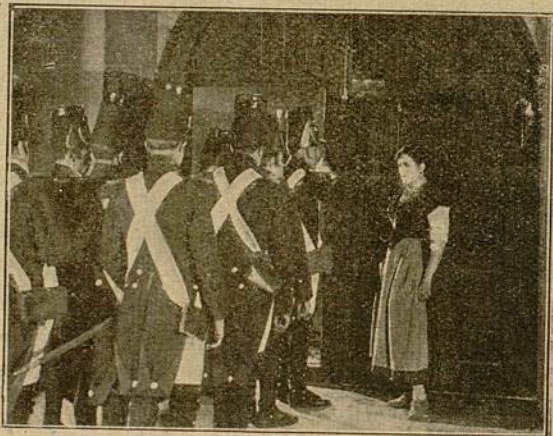
¿Iba hacia la muerte? ¡Quién sabe! Iba a la guerra, iba a luchar por la independencia de su patria.

Y le siguieron todos sus subordinados.



## II

El cura de San Gil tenía también una magnífica escopeta. Todo el día estuvo limpiándola y arreglándola. Ahora, después de probar su perfecto funcionamiento, si-



*Y le siguieron todos sus subordinados.*

guió el mismo camino que el Alférez Buendía y todos sus subordinados.

Antes de salir se tropezó en el vestíbulo con Agustina.

—¿Tienes miedo? — le preguntó ingenuamente.

—¿Miedo a qué? Mientras la Virgen esté sobre su Pilar los franceses no entrarán en Zaragoza.

—Eres admirable, Agustina.

Y con estas palabras el cura de San Gil salió del mesón.

Fué una noche memorable.

La ciudad se aprestaba heroicamente a la defensa. Sus murallas eran tapias de tierra, sus víveres escasos. Pero no importaba. Todo lo suplirían el valor y la fiereza de aquellos hombres.

No eran sólo soldados los que guerreaban. Eran hombres del pueblo, hombres sin uniforme y que acababan de aprender a manejar la escopeta. Por cada militar había diez baturros de calzón corto. Unos eran tan viejos, que apenas podían con el peso de sus años. Otros eran tan jóvenes, que niños parecían.

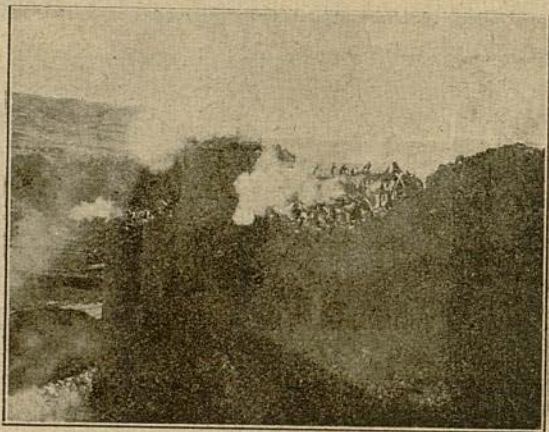
Tampoco faltaban las mujeres. Al aire los brazos, peinado el cabello hacia atrás para tener bien despejada la vista, sus ojos se veían relampaguear a la luz de las an-



torchas. Estaban hermosas, con una hermosura imponente.

Toda la noche duró el asedio. Retumbaba el estampido del cañón. Atronaba el espacio el tableteo de las escopetas.

En el hueco de cada peña, en el tronco



*Toda la noche duró el asedio.*

de cada árbol, detrás de cada prominencia y en el fondo de cada depresión, había un valiente que defendía la bandera de España.

Cayeron muchos, arroyos de sangre co-

rieron, pero nada pudo el francés contra la bravura de aquellos hombres de aspecto humilde y corazón de paladín.

El odio al invasor, generalizado entre chicos y grandes, hizo el milagro de una victoria.

\* \* \*

A la mañana siguiente el bullicio bélico se convirtió en alegría de fiesta. Bailaban de júbilo las mozas, cantaban los mozos sentidas jotas.

En rejas y portales hablaban los novios. Ellas les felicitaban y los animaban para la nueva embestida.

—Por esta vez los franceses han de esperar.

—¡Chúpate esa, Bonaparte!

—A *bona parte* has ido esta vez, Napoleón.

Estas y otras frases semejantes circulaban de boca en boca en tanto los franceses, después de la derrota preparaban un nuevo ataque.

\* \* \*

Pero no todo era alegría en Zaragoza.

En el mesón de “El Catalán” se había desarrollado una dolorosa escena.



El cura de San Gil había vuelto con su escopeta al hombro, muy satisfecho de los acontecimientos de la noche.

Juanito, que, con Santica y Agustina, estaba en el comedor de la hostería, preguntó anhelante al sacerdote:

—¿Quién ha ganado, padre?

—¡Quién ha de ganar! ¡Nosotros! ¿Tú crees que hay alguien capaz de vencer a los maños de Zaragoza?

Juanito comenzó a saltar y a palmoear de alegría.

—¡Viva el cura de San Gil!

—¡Calla, Juanito! ¡Que viva otro! Yo no salgo a guerrear para conquistar fama de héroe. Yo defiendo a la Virgen del Pilar y a mis hermanos de raza y de religión, porque es mi deber. Di viva Zaragoza porque ella sí que lo merece. El héroe no ha sido uno sólo. Toda la población se ha unido para conquistar el galardón de heroica.

Después se acercó a Juanito y le acarició la cabeza. Lo mismo hizo con Santica.

Luego, se dirigió lentamente a su cuarto. Iba triste y su tristeza llevó una amarga sospecha al corazón de Agustina.

—Padre—le dijo en voz baja—. ¿Por qué no ha vuelto el Alférez Buendía?

—El Alférez Buendía se ha ido para siempre, hija mía. ¡Era un valiente!

Al ver que lloraba, pese a sus esfuerzos para evitarlo, también Santica lloró.

—¿Dónde está mi padre?

En este preciso momento una voz bien timbrada lanzó al aire, cerca del mesón, el canto brioso de una jota y sus notas tuvieron para Santica un sabor trágico.

—¿Dónde está mi padre?

—No llores, Santica. Tu padre salió de servicio para Epila. Reza mucho por él para que vuelva pronto.

Comprendió Santica toda la horrible verdad. Calló porque Juanito estaba delante, pero, al emprender el camino de su cuarto, cayó desvanecida.

### III

Como había prometido, Agustina fué, desde entonces, una madre para los huérfanos.

Los franceses seguían su tenaz asedio.



No podían retirarse con un fracaso. Napoleón no admitía las derrotas. Así lo decía escuetamente en sus partes.

Una mañana, estaban Santica y Juanito esperando en el mesón noticias de la batalla que se estaba librando, cuando entró el cura para decir:

—¿Hacéis la caridad de recoger un herido?

—Sí, padre. Que lo lleven a una de nuestras habitaciones.

Así lo hicieron.

En seguida quedaron Santica y Juanito a solas con el infortunado.

El cuarto en que lo habían dejado daba a una espaciosa sala y allí permanecieron Santica y Juanito un instante sin saber qué hacer, sin resolverse a penetrar en el dormitorio. A Santica le daba miedo la sangre.

Pero Juanito era *hombre*, un hombre de doce años, pero por algo se empieza.

—Ven, Santica. No tengas miedo.

Y echó a andar delante.

Cuando Santica, paso a paso, se acercó al umbral, vió que su hermano examinaba detenidamente al herido.

Era un hombre joven y arrogante. A pesar de que la sangre cubría su rostro, se adivinaba su nariz recta, su barbilla firme, sus grandes ojos, su cabello rizado.

—¿Está muerto?—preguntó Santica.

—No. Está vivo y bien vivo. Me parece que su herida es poca cosa.

—Hay que curarlo—dijo Santica.

Pero en este momento Juanito examinaba la bocamanga de su destrozada guerrera.

—¡Es un francés!—dijo, despreciativamente.

Pero Santica fué en busca de agua y vendajes.

Cuando penetró en la estancia con estas cosas. Juanito la detuvo:

—Te digo que es un francés.

—No importa. Es un hombre y está herido. Hay que curarle.

Y había tal energía en estas palabras, que Juanito se encogió de hombros y la dejó hacer.

\* \* \*

Una hora después el herido estaba completamente transformado. Vendada la



frente, lavada la cara y las manos, peinado el cabello.

El sensible corazón de Santica adquirió en aquel trance palpitations de maternidad. Por el hecho de haberlo cuidado y protegido ya le parecía algo suyo: su hermano o su esposo...

No se separó un momento del lado del herido.

Al quitarle, con sumo cuidado por cierto, la destrozada guerrera, vió que un papel caía en el suelo.

Con inocente curiosidad, Santica lo cogió y lo desdobló.

Era una carta, una carta que decía así:

*Si lográis entrar en Zaragoza, visita de mi parte a la Virgen del Pilar. Coloca en su altar dos velas para que ella no te abandone en los peligros de la guerra. No olvides que, aunque tú seas francés, mi patria es esa bendita tierra de España.*

*Tu madre.*

Quedó perpleja la muchacha. La simpatía y la compasión que el desdichado le

inspiraba, aumentó ahora, al saber que era hijo de madre española.

“Coloca en su altar velas para que ella no te abandone en los peligros de la guerra...”

Estas palabras quedaron grabadas en la mente de Santica y antes de dejar al herido cayó de rodillas junto al lecho y rezó fervorosamente por la salvación de aquel hombre.

\* \* \*

A la mañana siguiente, se hallaba Santica en la sala cuando oyó a sus espaldas una voz de hombre.

Se volvió sobresaltada. Era el herido.

—Ya veo que estoy prisionero, señorita. Pero si mi carcelero es usted habré de bendecir mi desgracia.

—¿Por qué se ha levantado? Ha comedido usted una imprudencia. Le conviene reposo absoluto.

—Es usted muy amable, señorita, pero no puedo obedecerla. Ya estoy bien. Debo volver al campamento.

—¿Ve usted? La fiebre le hace delirar. ¡Al campamento!... ¿Cree usted que le de-



jarían marchar? Está usted en Zaragoza, entre sus enemigos. Le harían prisionero inmediatamente.

—Entonces no me explico por qué estoy aquí.

—Le trajeron creyendo que era usted español.

—Aunque agradezco a Dios que me haya puesto ante usted, no puedo menos de lamentar la equivocación. Sería una cobardía que me aprovechara de ella. Déjeme usted marchar, se lo ruego. Si me hacen prisionero que me hagan. Esto es como estar fuera de la ley.

Santica se vió perdida. Aquel hombre hablaba con una nobleza y una energía que nada podrían doblegar.

Y ella, no sabía por qué, no quería dejar marchar a aquel hombre.

Tuvo una repentina ocurrencia. Conservaba la carta que había caído de entre los jirones de su guerrera.

Se la entregó.

—Hágalo usted por ella, por su madre.

El argumento produjo el efecto apetecido. Al recordar a la querida madre, el soldado consideró un deber hacer todo lo

posible para vivir. Su pobre vieja moriría de pena si perdía a su hijo.

En efecto, tenía fiebre. Había cometido una imprudencia levantándose.

—La voy a obedecer, señorita. Me voy a acostar. La lectura de esta carta me ha producido una emoción que sólo puedo comparar a la que me causa el saberme protegido por usted.

\* \* \*

Ante la Virgen del Pilar dos seres estaban humillados: uno era Juanito, el otro Santica.

Esta llevaba dos velas al brazo; aquél una banderola.

—Virgencita mía — suspiraba Santica con susurro impenetrable—. Estas dos velas son las que la madre de él te ofrece. Tú que todo lo puedes, ayúdame a devolverle la salud y haz que acaben pronto los odios de esta maldita guerra. ¡Que vuelva la paz! ¡Que los corazones puedan amarse a través de las fronteras!... Hazlo porque... ¡le amo!

—¿Qué traes a la virgen?—le preguntó Juanito.



—Ya lo ves, estas dos velas.

—Pues yo le traigo esta banderola que les hemos quitado a los franceses.

—La Virgen no quiere banderolas.



*Ante la Virgen del Pilar...*

—Oye la copla que se canta por ahí:

“La virgen del Pilar dice  
que no quiere ser francesa

que quiere ser capitana  
de la tropa aragonesa.”

—Calla, Juanito. No hables así. La Virgen no entiende de odios ni de guerra y quiere por igual a todos sus hijos.

Y, mentalmente, repitió:

“Haz que nos podamos amar a través de las fronteras.”

#### IV

Transcurrieron algunos días. Santica guardaba secretamente a su prisionero. Si se hubieran enterado de que era francés, le habrían prendido inmediatamente.

Ni la misma Agustina se había enterado de que Santica guardaba en una de sus habitaciones un soldado francés. Había conseguido que Juanito guardara silencio y que el herido fuera prudente. Recurrió a todos los medios imaginables por proporcionarle alimento. Pero he aquí que un día...

Estaba Agustina en el comedor hablando con un camarada, cuando pasó Santica



con las manos ocultas. Llevaba en ellas la comida del soldado.

Agustina tuvo la mala ocurrencia de ofrecerle una manzana y le extrañó que Santica la tomara con los dientes.

Después vió como la muchacha abría una puerta con el codo y desaparecía tras de ella.

¿Qué empeño tendría Santica en conservar las manos ocultas?

Se levantó y fué tras de ella, sorprendiéndola en el momento en que daba al herido una taza de caldo.

Agustina la miró severamente.

—¿Desde cuándo has aprendido a mentir, Santica?

—Os suplico de que no la riñáis — dijo el francés.

—Te explicaré, Agustina—balbuceó la muchacha—. Le trajeron herido... ¡Si lo hubieras visto!... Daba mucha pena... Yo sabía que si lo descubrían los nuestros lo harían prisionero y acaso lo fusilarían.

Muy noble pareció esta conducta a Agustina, pero su rostro continuaba mostrando una expresión severa.

—Agradeced mucho a Santica su bon-

dad; pero a partir de este instante, no me hago responsable de vuestra vida.

\* \* \*

El día 2 de Julio amaneció bajo la amenaza de un nuevo ataque, y con los primeros fulgores de la aurora los franceses enviaron el anuncio de sus granadas.

Una lucha desesperada se había entablado en la habitación del herido.

Este al oír las descargas saltó del lecho y fué a abrir la puerta de la sala, pero se encontró con que estaba cerrada con llave.

En un rincón vió a Santica y se dirigió a ella ansiosamente.

—Dame la llave del cuarto. No puedo permanecer aquí un minuto más. Debo reunirme con los míos o morir.

—¡Si no hay guerra! Todo ha terminado va. Lo que oyes son cohetes que el pueblo dispara para divertirse.

Pero el prisionero estaba decidido a salir.

—Prefiero la muerte a quedarme, Santica. Te juro que volveré si no me matan, te juro que te amo, pero déjame salir.

Y lloraba por ella, y lloraba por su an-



helo de reunirse cuanto antes con los suyos.

Sintió Santica como le arrebatava la llave y oyó el ruido de la puerta.

Se había marchado el prisionero. Se había marchado el elegido de su corazón.

Y cayó de rodillas y una vez más pidió a la Virgen del Pilar que conservara su vida y le hiciera volver.

\* \* \*

Andaba Juanito por la calle cuando vió que un hombre se deslizaba a ras de las paredes.

Sospechó que era un espía y le siguió. El era un niño, y no le podría detener, pero a buen seguro hallaría ocasión para hacer que otros le prendieran.

En efecto, en el momento en que el prisionero se ocultaba en una encrucijada, pasó por el lado de Juanito una patrulla y la avisó.

Un minuto después, el espía había caído en poder de los españoles.

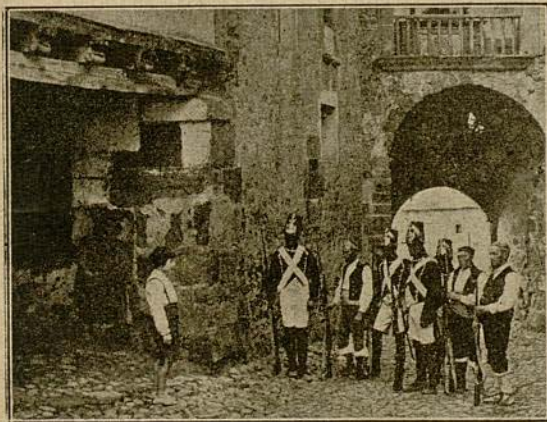
—¿Quién eres?—le preguntaron.

—El teniente Duval—respondió.

—¿Y adónde ibas?

—A reunirme con los míos, con los franceses.

Juanito había oído aquel nombre, pero no sabía que su huésped se llamaba así y fué muy grande su sorpresa, cuando al



*... pasó por el lado de Juanito una patrulla y la avisó.*

volverse el detenido, advirtió que se trataba del protegido de Santica.

Se arrepintió de haberle delatado, pero ya era demasiado tarde.



El teniente Duval fué entregado al alto mando y encerrado en un calabozo.

## V

Momentos después la infantería intentaba su asalto al Portillo. El punto más débil de la muralla y su ataque había sido tan furioso que agotó la resistencia y el número de los defensores.

En las casas inmediatas del Portillo, una de las cuales era el mesón, reinaba la más completa confusión, debido a que ofrecían un magnífico blanco a la artillería enemiga.

No quedaba nadie en el mesón. Todo el mundo había salido, no para huir, sino para guerrear.

El último en aparecer fué Juanito y con tan mala fortuna que el casco de una granada le hirió mortalmente en la cabeza.

Juanito se desplomó con el rostro ensangrentado. Llamó a Santica, pero nadie le respondió. La confusión era tremenda. ¡Quién sabía dónde estaría su hermana!

Poco después un hombre llegó al mesón

tambaleándose. Iba en busca de agua. También estaba herido de gravedad. Ese hombre era el cura de San Gil.

Al ver a Juanito tendido en el suelo, se arrodilló a su lado, advirtiendo en seguida que todo intento de ayuda era inútil.



*Al ver a Juanito tendido en el suelo...*

Se levantó, le echó la bendición y ya iba a entrar en la hostería cuando una segunda granada le alcanzó.

Cayó de rodillas y sólo tuvo tiempo para implorar:



—¡Virgen del Pilar, un milagro para salvarnos!

\* \* \*

La desesperada demanda del cura de San Gil debió de llegar al cielo, porque cuando todo se consideraba perdido, una mujer, una heroína, fué a engrosar las debilitadas tropas de defensa.

Era Agustina. Todo el valor heroico de la raza parecía haberse concentrado en aquella mujer. Iba erguida, magnífica, indiferente a la lluvia de balas, que ponía en su frente un nimbo amenazador.

En sus ojos había un fulgor extraño. Iba recta hacia el enemigo, el cual estaba ya al pie de la muralla.

Se vió rodeada de heridos y de cadáveres. Se vió a dos pasos de las tropas francesas. El enemigo avanzaba con el enardecimiento de la victoria.

A sus pies había caído un artillero, el único artillero que hasta entonces había logrado permanecer con vida.

En su mano ardía la encendida tea que servía para prender la mecha de las granadas.

No vaciló Agustina. Se inclinó, cogió la tea y la aplicó al cañón. Disparó una y otra vez. Una extraña animación bélica, una inspiración misteriosa, un algo de poder sobrehumano, animaba sus ojos.

Era de ver aquella mujer con el cabello suelto, al aire la frente magnífica, soberbio el continente e indiferente a los millares de balas que silbaban junto a sus oídos.

Cien veces disparó. De un disparo a otro apenas medió un segundo, tan afanosamente trabajaba.

Las tropas francesas, desconcertadas primero y menguadas después, se habían detenido.

Agustina, sin dejar de disparar, se volvió a sus soldados y les alentó con las siguientes palabras:

—¡A mí, soldados! ¡La victoria es nuestra!

El tono en que aquellas palabras fueron pronunciadas y la mirada fascinadora de Agustina, electrizaron a los soldados españoles.

Un segundo después el boquete de la muralla por donde los franceses iban a pe-



netrar y desde donde disparaba Agustina, se vió cuajado de escopetas.

Un minuto después, los franceses comenzaban la retirada.

Fué una victoria inexplicable, pero una victoria completa.

\* \* \*

Don José Palafox, el caudillo del sitio de Zaragoza, admirable por su brillante táctica, por su valor frío y sereno y por su espíritu de organización, siguió desde su caballo la acción maravillosa de Agustina.

—Sin el heroísmo de esa mujer — dijo a su ayudante—Zaragoza estaría perdida. Hacedla venir, y traedme la jineta del sargento de artillería a quien ha sustituido.

Así lo hizo el ayudante, y, momentos después, oía Agustina de labios de Palafox estas halagadoras palabras:

—En nombre de la patria te entrego esta insignia, para perpetuar así la más grande hazaña de valor y de ciudadanía.

Y le colgó la jineta del artillero.

Después se volvió a los oficiales que le rodeaban, y les dijo:

—Saludad a esta mujer. Desde hoy es como vosotros: un oficial del ejército español.

## VI

Al enterarse Santica de que el oficial de guardia era aquel día Agustina, se dirigió al cuartel y solicitó hablar con ella.

La dejaron pasar, y lo primero que hizo Santica fué arrojarle en brazos de su segunda madre.

—Cuando me he enterado de que estabas hoy de guardia y que, por lo tanto, el teniente Duval se halla bajo tu poder, me ha parecido como si las puertas del cielo se me abrieran.

Una nube de disgusto nubló el semblante de Agustina.

—Vete, Santica. Lo que tú quieres no puede ser. Mañana hablaremos.

—¡Mañana! ¿No sabes que mañana a primera hora van a matarlo?

Y rompió en amargos sollozos, sin desenlazar sus brazos del cuello de Agustina.



Esta concluyó por sentirse sin fuerzas para seguir resistiendo.

Alzó el rostro de la cuitada y, mirándola maternalmente a los ojos, le dijo:

—Nada puedo hacer por vosotros, Santica; pero sí puede servirte de consuelo despedirte de él, entra conmigo.

La condujo al calabozo que el teniente Duval ocupaba.

Al verse, se arrojaron el uno en brazos del otro. Y Santica, incapaz de resistir emoción tan intensa, se desvaneció.

El teniente la depositó en su camastro y se arrodilló junto a ella.

Santica había perdido el conocimiento, pero en el fondo de su conciencia la obsesión mantenía un átomo de lucidez.

Como en sueños vió el patio de la cárcel. Era el amanecer. En un rincón estaba formado un piquete. Llegó el teniente Duval, fué colocado junto a la pared y los soldados dispararon.

Volvió en sí en una convulsión y echó los brazos al cuello del prisionero, al ver que estaba vivo todavía.

Agustina, entretanto, había recordado la promesa hecha al teniente Buendía:

“Sería para ellos como una madre.”

¿Era de una madre dejar morir de pena y dolor a aquella pobre criatura?

Tomó una súbita resolución. Se dirigió al prisionero y, mirándole fijamente, le dijo:

—¿Me juráis no intervenir, directa ni indirectamente, en la guerra mientras dure el sitio de Zaragoza?

Vaciló el prisionero; pero al ver la súplica desesperada que había en los ojos de Santica, abatió la cabeza y dijo:

—Lo juro.

—Entonces, mañana al amanecer, te abriré la puerta de la prisión. En las tapias de San José encontrarás un caballo.

Y no le dijo más. Era bastante. También ahora lloró Santica, pero fué de júbilo.

\* \* \*

A la mañana siguiente, cuando las semclaridades del amanecer comenzaban a dispersar las sombras de la noche, una mano blanca y fuerte abrió la puerta del calabozo del teniente Duval.

Este se dirigió hacia la salida. Antes de trasponer el umbral besó la caritativa



mano. En seguida se dirigió hacia las tapias de San José.

Se encaramó a ellas y vió al otro lado



*... una mano blanca y fuerte abrió la puerta del calabozo.*

el caballo. De un saltó cayó en sus lomos y la cabalgadura salió al galope.

Ya estaba en la carretera cuando oyó

un alegre grito de adiós, pronunciado por una voz inconfundible.

Detuvo el caballo y al ver que, en efecto, era Santica, volvió atrás, se inclinó, rodeó con sus robustos brazos el talle de la muchacha y la depositó sobre el caballo, reanudando la carrera en su compañía.

\* \* \*

Llegó la hora de la ejecución. En el patio de la prisión estaba ya formado el piquete, al mando de un oficial, en espera de que Agustina les llevara el sentenciado.

Pero se presentó Agustina sola. Iba con los brazos cruzados y la cabeza abatida.

Se detuvo frente al que mandaba el piquete.

—Oficial: ¿Cómo se castiga a un soldado que proporciona la evasión a un prisionero de guerra?

—Con la pena de muerte.

—Entonces, disparad sobre mí.

No dió el oficial la voz de fuego, pero sí detuvo y redujo a prisión a Agustina, dando inmediatamente parte de lo ocurrido.



## VII

El teniente Duval había llegado con su preciosa carga al campamento francés.

Santica se alojó en una casa amiga y el oficial se dirigió al campamento. Se le recibió con gran júbilo. Le creían muerto y he aquí que ahora le veían reaparecer.

Al saber que había estado dentro de la ciudad sitiada, el general se apresuró a interrogarle, acerca de los planes de guerra del enemigo.

Y su asombro no tuvo límites cuando oyó de labios del teniente la siguiente respuesta:

—Nada puedo decirlos, general.

—¿Por qué?

—No puedo decirlo, general; no puedo decir nada.

El general dió orden de que se le detuviera.

Permaneció arrestado en su misma tienda hasta que variara de modo de pensar.

Contrarió a Duval este arresto, especial-

mente porque estaba citado con Santica para dos horas después.

Santica, en efecto, esperó y se impacientó. Determinó al fin averiguar lo que ocurría y se dirigió al campamento francés.

Preguntando a unos y a otros, logró averiguar que el teniente Duval estaba arrestado y en peligro de muerte.

Otra vez su amor le sirvió para vencer todas las dificultades que se interpusieran entre ella y el oficial y consiguió llegar hasta la tienda donde el teniente estaba arrestado.

Con él se hallaba, cuando volvió a formarse el tribunal que había de interrogarle.

Fué conducido el preso a presencia del general y desde su rincón oyó Santica como le preguntaban:

—Por segunda y última vez, Duval: ¿Os negáis a proporcionarme datos de los sitiados?

—No puedo hacerlo, general. Hay por medio un juramento y a él debo mi vida y mi libertad.

El general le miró severamente.



—Para un militar es primero el honor que la libertad y la vida.

—El honor no permite faltar a un juramento.

—Vuestra actitud, teniente Duval, es parecida a la de un traidor a su patria.

Las palabras habían sido certeras. Sabía el general que había de llegar directamente al honorable corazón de su subordinado.

Abatió el teniente la cabeza. La vergüenza le quemaba el rostro. Hubiera preferido una puñalada a semejante censura.

Al bajar la cabeza su vista tropezó con algo que había sobre la mesa. Era una pistola... una pistola cargada.

Se olvidó instantáneamente de Santica y de su madre, se olvidó de todo para pensar solamente en su honor ofendido.

Y tendió la mano y empuñó la pistola.

Lentamente la alzó hasta su cabeza y apoyó en la sien la punta del cañón.

Pero allí estaba Santica, allí estaba quien velaba por su vida y por su salvación.

Lanzó un grito desesperado, un grito que atrajo la atención de todos, corrió ha-

cia su prometido e impidió que consumara la locura.

—¡No!

Había en sus ojos una expresión de horror que todos los presentes desconocían. Ellos sólo sabían del terror de ser vencidos y, los menos valientes, del terror de morir de un balazo o una cuchillada.

Aquello era algo inusitado para ellos. En la dureza de la guerra, se habían olvidado ya de aquellas voces del alma.

El general contempló a la muchacha. Después al teniente Duval. En seguida paseó una mirada por toda la sala y comprobó que en todos los rostros había una expresión de emoción y de sorpresa.

—Os habéis callado la razón principal de vuestra negativa. Ello os honra, teniente Duval. En atención a ello, reduciré el castigo en cuanto me sea posible. Estaréis arrestado hasta que Zaragoza se rinda.

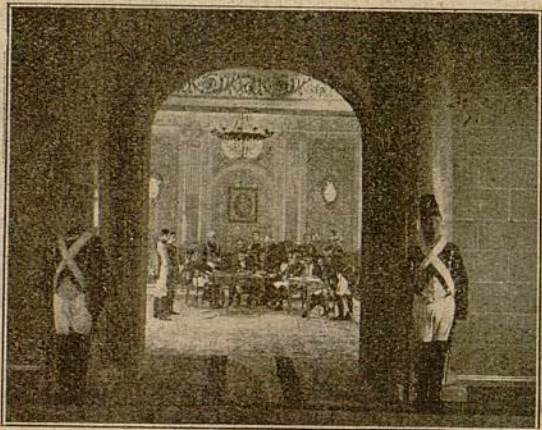
Y luego, dirigiéndose a la Sala:

—Este es un caso extraordinario, señores. Que no sirva de precedente.



\* \* \*

Entretanto, en Zaragoza se celebraba el consejo de guerra que había de fallar sobre el caso de Agustina de Aragón.



*Entretanto, en Zaragoza se celebraba el consejo de guerra contra Agustina.*

Era Palafox el que presidía el Consejo. Lo mismo el caudillo que los demás que formaban la Sala eran en aquella ocasión poco partidarios de la justicia.

Había que condenar a la heroína por-

que había cometido una falta grave. Sin embargo, ¿quién podía ser enemigo de aquella mujer que les había salvado a todos?

Todo Zaragoza estaba pendiente de aquel emocionante proceso. Agustina, la heroína que había detenido por sí sola a todo el ejército francés, iba a ser juzgada, acaso condenada a muerte.

—¿Por qué?—preguntaba algún entusiasta de la heroína.

—Porque ha cometido una falta grave—respondían los más inflexibles.

—¿Qué falta grave es esa?

—Ha abierto la puerta de su encierro a un prisionero de guerra, a un francés, a un enemigo.

—¡Ya ve usted! ¡Ha dado suelta a un prisionero de guerra! En cambio, hace unos días ha detenido a millares de franceses y ha dado ocasión a hacer docenas de prisioneros. Reste usted si sabe. Suelta a uno y coge a cien. Esto quiere decir que tiene noventa y nueve a su favor. Sin embargo, la ley sólo repara en ese uno en contra.

—La ley es así y no puede ser de otro



modo. Ser un héroe no da derecho a nadie a ser después un traidor.

—¡Alto ahí! Agustina no puede ser una traidora. Sólo un miope de inteligencia podría dejar de verlo. Me parece que bien ha demostrado que la patria está para ella por encima de todo.

—Sin embargo, ahí tiene usted la prueba tremenda, evidentísima. Agustina abrió la puerta del calabozo. Ella misma lo confesó.

Estas eran las conversaciones que en aquellos días se mantenían en Zaragoza. Reinaba la confusión. Tenían razón unos y tenían razón otros. Agustina era una heroína, pero había cometido un acto que la acusaba de traidora.

Y es que nadie sabía la verdad, nadie había podido ver el drama de amor que se había desarrollado en torno de Agustina.

Y esto mismo sucedía al general Palafox, presidente del Tribunal que había de juzgar a la acusada. ¿Era culpable? Sí. ¿Pero merecía ser condenada? No. Agustina tenía una deuda con la justicia, pero

la justicia tenía con ella otra deuda mayor.

Sin embargo, el Tribunal se había reunido para juzgar aquel caso concreto de la traición de Agustina. Y en aquel caso concreto, el fallo se dejaba entrever. No podía ser otro que un fallo desfavorable.

¡Pero no era justo! ¡No era justo! Era para volverse loco.

Se había reunido el Tribunal y el fallo fué el que debía ser.

El secretario del Tribunal, rígido, con una emoción que se comunicaba a los semblantes de todos los presentes, dió lectura a la sentencia.

Y su emoción llegó al límite cuando hubo de leer estas palabras de una dolorosa y terminante claridad:

“Y en su consecuencia, el consejo de guerra presidido por el general Palafox condena al alférez de Artillería Agustina Zaragoza y Doménech, a la pena de muerte.”

Nadie alzó la vista del punto donde la había fijado. Todos los rostros permanecieron impávidos, aturdidos por la misma



emoción. Y en todos se leía este mismo pensamiento:

“¡Qué se le va a hacer! No hay otro remedio.”

Dirigióse el secretario a la mesa del presidente y puso ante él el pliego donde estaba escrita la sentencia.

El general Palafox tomó la pluma que el secretario le ofrecía y fué a firmar.

Pero de pronto algo se rebeló en su alma, no en su alma de soldado, sino en su alma de hombre.

No hizo nada, pero hizo sonar la campanilla y dió orden de que compareciera la acusada.

Entró Agustina con la vista fija en el suelo. Se la veía reconcentrada en su profundo dolor, en un dolor desesperado de fatalidad.

También ella parecía pensar:

“¡Qué se le va a hacer! No hay otro remedio.

El general Palafox volvió a entregar el pliego al secretario y le dijo:

—Vuelva usted a leer.

Y espizó el rostro de Agustina, sobre to-

do en el momento culminante de la sentencia.

“Y en su consecuencia, el consejo de guerra presidido por el general Palafox, condena al Alférez de Artillería Agustina



*Pero, de pronto, algo se reveló en su alma.*

Zaragoza y Doménech a la pena de muerte.”

Por los ojos de Agustina pasó una profunda tristeza. No era la tristeza del cobarde que se ve cerca de la muerte. Era



la tristeza de la persona de honor, del digno militar que se ve envuelto en un proceso vergonzoso.

Por eso el general Palafox, sabiendo leer en el fondo de aquella alma, tampoco ahora firmó la sentencia, sino que, por el contrario, dió orden de que le dejaran a solas con la acusada.

\* \* \*

Cuando quedaron solos Agustina permaneció con la cabeza baja y el general Palafox comenzó a medir la estancia con sus pasos.

—¿Qué causas te han llevado a faltar a una ley de guerra?

—Una ley más fuerte que la de guerra.

—Pero la patria está por encima de todos los sentimientos, y en nombre de ella te condeno.

Ahora sí que parecía decidido a firmar la sentencia. Sin embargo, detuvo su mano al oír que Agustina le decía con voz salida del fondo del alma:

—¿Por qué me habéis hecho soldado, si no podía dejar de ser mujer?

Por un momento el general la contempló

fijamente. Aquella mujer que días antes no había vacilado en jugarse la vida con cien probabilidades contra una de perderla, ahora lloraba.

Y el invicto caudillo cogió con ambas manos el pliego en que estaba escrita la sentencia y lo hizo pedazos.

—Eres libre, Agustina. Vuelve a ceñir tu espada.

## VIII

La guerra seguía. La heroína zaragozana continuaba cubriéndose de gloria con el sacrificio de sus hijos. Ante la insospechada resistencia de aquel pueblo, el ejército francés multiplicaba sus esfuerzos, consciente de que cada día de estacionamiento nublaban más los fulgores gloriosos del invicto Napoleón.



Y no cesaban de llegar refuerzos. Los ataques eran cada vez más continuos y encarnizados. El ambiente de la ciudad no se veía un minuto libre del estampido de los cañones. No cesaba de oírse el grito bélico de: ¡Guerra!

Pero también la heroicidad de los aragoneses aumentaba y los franceses eran siempre rechazados, siempre humillados, siempre vencidos.

Napoleón no cesaba de enviar partes tan escuetos como terribles:

“Necesito a toda costa que venzáis, y pronto.”

Pero ni pronto ni tarde llegaba la victoria.

Y pasaron los días.

Y surgió el verdadero enemigo de los sitiados: el hambre.

Y cuando el mordisco de este monstruo era más horrible, surgió otro enemigo más feroz aun: la peste.

Comenzó a pagarse el pan a peso de oro. Se comieron más tarde incluso las ratas. También las ratas llegaron a pagarse a precios altísimos. Y también las ratas se concluyeron.

El cuadro era desolador. El deseo de luchar no faltaba. En cada zaragozano seguía habiendo un héroe. ¿Pero cómo pelear si ya no tenían fuerzas ni siquiera para sostener la escopeta? Médicos si había algunos, pero ¿de dónde sacar las medicinas? Zaragoza estaba completamente rodeada por las tropas francesas y nada ni nadie podría traspasar sus murallas.

Y sucedió lo que tenía que suceder.

Los zaragozanos habían aprendido a luchar con los hombres, pero no con la desgracia, no con el hambre y con la peste.

Un día vieron los franceses que nadie oponía resistencia desde las murallas. Las tropas se fueron acercando y al ver que nadie las detenía comprendieron que estaba vencida la ciudad.

Era cierto: Zaragoza se había rendido, pero no a los franceses, sino a la peste y al hambre.



\* \* \*

Entretanto, en un pueblecito cercano a la capital, el teniente Duval era relevado de su arresto.

Lo primero que hizo fué ir a dar a su Santica la noticia.

La muchacha seguía en el pueblo, cerca de su prometido, aunque sólo le podía ver a través de las rejas de su encierro.

Dos sentimientos distintos luchaban en ella: el deseo de recuperar a su amado y el de que su ciudad no fuera vencida.

Sin embargo, Santica, poco partidaria de la guerra, se inclinaba por lo primero, a pesar de que sabía que el teniente Duval

sólo saldría de su prisión cuando Zaragoza se hubiera rendido.

Ahora, al verlo llegar, se olvidó de todo para pensar en la dicha de tenerlo a su lado, en el placer de verle libre.

Pero pasados los primeros transportes de alegría, cayó en la cuenta de lo que su libertad significaba.

—¿Se ha rendido Zaragoza?

—Sí, Santica. Para luchar con los franceses le sobran bríos, pero contra el hambre y la peste no sirven de nada los hombres.

En esto, detrás de ellos oyeron una voz anciana que declamaba:

*“Virgen del Pilar hermosa,  
¿qué has hecho que te has dormido?  
¡que han entrado los franceses  
por la puerta del Portillo!”*

Y de los ojos del viejo cayeron dos lágrimas que surcaron las rugosas mejillas.

—¿Qué le pasa a usted, tío Roque?— le preguntó solícitamente el teniente Duval.



—Que Zaragoza ha capitulado.

—No, tío Roque, los pueblos como el tuyo no se rinden: mueren.

Pero Santica sólo tenía un pensamiento.

—¿Se acabarán para siempre las guerras?

—¡Quién sabe, Santica!

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Irnos a Zaragoza en seguida. Tengo una deuda con Agustina y la quiero saldar cuanto antes.

Y a pie, enlazados por el talle, emprendieron el camino de Zaragoza.

Llegaron en el momento culminante de la capitulación: el de la salida de los prisioneros y la entrega de sus armas.

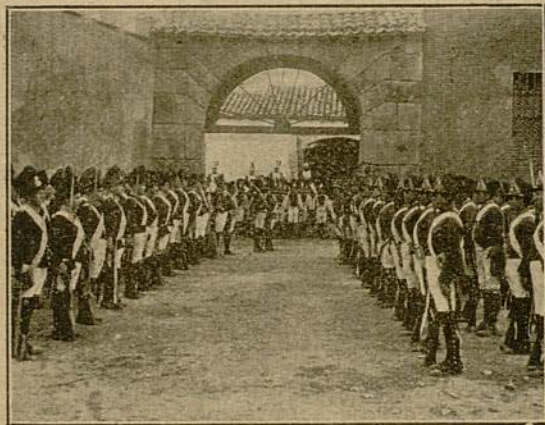
Uno a uno fueron pasando los pocos que habían sobrevivido a la dolorosa epopeya.

En todos los semblantes se leía el mismo pensamiento:

“Hubiera sido preferible morir.”

Pero aquel triste episodio llevaba en sí una aureola triunfal. Ante el desfile de baturros heridos, hambrientos, maltrechos, la

historia nos recuerda que supieron contener el avance de los invasores, y la sangre de aquellos héroes daba frutos de victoria en Bailén y en los Arapiles, cimentando entre



*... en el momento culminante de la capitulación.*

todos gloriosamente, eternamente la independencia de España.

El mariscal Lannes, jefe de las tropas francesas hizo justicia a aquellos valientes, reconociendo:



—Nunca podremos blasonar de haber vencido a estos héroes.

Y en un arrebato de justicia, de entusiasmo hacia el ardor bélico de sus enemigos, en vez de humillar a los prisioneros que desfilaban entregando sus armas, gritó:

—¡Soldados! ¡Honor a los héroes! ¡Presenten armas!

Y el triste desfile se convirtió en desfile triunfal.

\* \* \*

Esta escena había sido presenciada por Santica y su prometido.

Santica lloraba de emoción, pero el teniente Duval la tranquilizaba:

—No llores, Santica. Nuestro amor será el símbolo de una pronta y definitiva paz entre los dos grandes pueblos latinos.

En este momento entregaba sus armas un prisionero conocido.

¿Se habían olvidado de ella?

No, estaban allí esperándola. Ya había dicho el teniente Duval que tenía prisa por llegar a Zaragoza para saldar con Agustina una cuenta que tenía pendiente.

Era Agustina. Pero no la Agustina de antes, aquella Agustina llena de entusiasmo que un día se olvidó de su condición de mujer para jugarse la vida al pie de un cañón.

Ahora el brillo bélico de sus ojos había-se trocado en indefinible tristeza. Pensaba en lo inútil de su sacrificio. Todo el pueblo estaba devastado. Habían muerto los seres más queridos por ella. Juanito fué una víctima de la guerra. De Santica no sabía nada desde que dejara marchar al teniente Duval.

Por eso en vez de agradecer los honores que las tropas francesas les rendían, entregó su espada y procuró escabullirse.



Pero una voz la detuvo:

—¡Agustina!

Se volvió. Vió a Santica y al teniente



*Ahora el brillo bélico de sus ojos había-se trocado en indefinible tristeza.*

Duval. Corrió hacia ellos y se arrojó en brazos de la muchacha.

—¡Tenías razón, Santica! ¡Malditas sean las guerras!

—Ahora ya no hemos de hablar de guerra, Agustina. Hemos venido para algo más

importante. Santica y yo vamos a casarnos. ¿Quiere usted ser la madrina de nuestra boda?—le dijo el teniente Duval.

Agustina sonrió entre las lágrimas y repuso:

—¡Acepto!

Y volvió a abrazar a Santica, pero esta vez compartió el abrazo el teniente Duval.

F I N



En breve, la magnífica novela en veinte cuadernos

**De vendedora de periódicos  
a estrella de cine**

Inmejorable presentación  
Portada a colores  
Ilustraciones en el texto,  
ameno y nutrido

**1 cuaderno semanal  
los jueves**

**Precio: 25 céntimos**

Se admiten suscripciones

**¡La mejor novela del año!**

En breve:

**La Novela**

**EVA**

(Publicación semanal  
de novelas modernas)

**Deliciosos asuntos,  
por prestigiosos  
autores.**





**Al gran éxito**

en las selectas *Ediciones Especiales* de  
**La Novela Semanal Cinematográfica**  
de

**Los Cosacos e Icaros,**

sigue hoy el de

**El Conde de Montecristo**

Presentación inmejorable

¡2 tricromías!

**Precio: 1 peseta**

En preparación:

**La mujer lijera**

por GRETA GARBO, JHON GILBERT  
y LEWIS STONE

¡SIEMPRE LO MEJOR!

**Pronto,**

la esperada

colección

**BIBLIOTECA  
RODOLFO VALENTINO**


Todos  
los asuntos  
interpretados  
por este inimitable  
artista.

Primer número:

**“COBRA”**

Precio: 50 céntimos





---

GRAN ÉXITO DE

## La Novela Frívola Cinematográfica

Regalo de Artísticas fotografías

---

Le interesa  
30 cts.

## La Novela de la Modistilla

---

Gran éxito de

## La Novela Sentimental

Precio: 30 céntimos

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

